

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



Homenaje a los médicos que cumplen 25 años
Intervención preparada a solicitud de la
comisión organizadora

Jaime Breilh

1998

Ponencia presentada en: Asamblea Médica Provincial. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, febrero 18 de 1998.

**ASAMBLEA MEDICA PROVINCIAL
TEATRO NACIONAL DE LA CASA DE LA CULTURA
HOMENAJE A LOS MEDICOS QUE CUMPLEN 25 AÑOS**

**INTERVENCION PREPARADA POR JAIME BREILH A SOLICITUD DE LA
COMISION ORGANIZADORA**

Queridas compañeras y compañeros:

Largos años de trabajo, de alegría y de pesares, de sueños y realidades, separan este día memorable de aquella fecha dulce y nostálgica en la que nos despedimos en los umbrales de la casona inolvidable, del querido hospital, dispuestos a emprender otro jalón de la vida. Y es la fuerza de esta remembranza, y los recuerdos mutuos muchas veces repetidos, lo que nos trae ahora a este recinto de la cultura para volvernos a mirar de cara a la vida y repasar fraternalmente los años transcurridos.

La voluntad generosa de ustedes me ha galardonado con el privilegio de ser nuestro cronista. Una tarea difícil si se la mira como el reto de reconstruir todo lo que ustedes han hecho en estos años prolíficos, pero muy fácil si nos dejamos envolver por esa mágica y seductora sensación del recuerdo fraterno, de cuanto sendero recorrimos juntos y, sobretudo, de aquella lección de la vida, repetida en tantas ocasiones y escenarios, de que nada hay más importante en el proceso de cualquier ser humano, que las cosas del sentimiento, al menos, esa es la sensación que me invade al escribir estas líneas.

Y es que el recuerdo del compañerismo vivido, más allá de nuestras diferencias, tiene esa especie de mágica seducción; nos atrapa; nos hace olvidar que ahora somos un poco más viejos que cuando compartíamos bromas en los pasillos de la facultad; o cuando vibrábamos con las pequeñas grandes complicidades de la vida estudiantil; o entrelazábamos la alegría y el compromiso de servir, al levantar con nuestras propias manos una escuela suburbana para los niños de Santa Anita; o cuando alardeábamos de un nuevo amor o llorábamos por aquel que se había perdido; cuando disputábamos acaloradamente un punto del campeonato deportivo; en fin, cuando aprendíamos que el arte de curar, hace parte de la vida.

Ahora nos vemos aquí rodeados de las mismas caras, de igual calidez, pero nuestra juventud temprana se añejó, para dar paso a la juventud del alma. Tal vez la mayor parte seguimos sintiendo esa misma fuerza y empujamos el carro de la vida con sueños renovados; quizás la única diferencia real es que la experiencia compensa ahora lo que podamos haber perdido en fogosidad. Esta humana transmutación nos enseña que cada etapa de la vida es bella e intensa, y que la sabiduría radica en mantener dignidad, frescura y honestidad, conforme ascendemos cada escalón que nos acerca a la juventud eterna de quienes llegan a edades posteriores con los sueños intocados y sin haber vendido el alma.

El horizonte que divisamos desde este cuarto de siglo es optimista, a pesar de la imagen dolorida de una Patria que se desgarrar delante de nuestros ojos todos los días; quizás, si de algo sirvieron todas esas horas de aprendizaje junto al dolor humano, fue para convencernos de que nada hay peor que la indolencia y el pesimismo ante el sufrimiento

humano. De esa manera, convertidos en optimistas contumaces, sacamos siempre fuerzas de flaquezas. A pesar de todas las seducciones, y de nuestras falencias, la mayor parte de nosotros conservamos como el tesoro máximo para legar a quienes nos suceden, no una fortuna material pero sí la frente limpia que nos permite ver de frente al honor y nos permite recitar a plena luz del sol, desde lo más hondo del corazón, todos los preceptos de servicio y solidaridad que nos enseñaron nuestros queridos maestros, muchos de los cuales ya no están aquí con nosotros, pero que reviven cada día a través de nuestro diario compromiso con las fuerzas de la vida.

Reunirnos ahora entonces, luego de dos décadas y media de atravesar tantos escenarios y desafíos, decirnos palabras de cariño y renovar los recuerdos, reclamarnos con sinceridad y buena fe el haber permitido que la vida nos separe y nos haga incurrir en ingratitude, es como una laica oración de canto a la vida, como un acto de ratificación de los pactos de fraternidad que tantas veces hicimos durante nuestra vida de estudiantes.

Ahora, cuando una tenue escarcha comienza a pintarnos las sienes, esta jornada nos permite dar una mirada en varias direcciones. Algunos y algunas, hemos perdido a quienes nos dieron la vida, o por lo menos a parte de ellos, que amamantaron los sueños tempranos y vistieron el duro peregrinar de la carrera, pero les recordamos ahora con esa gratitud infinita que se siente por los que nos inyectaron vida y honor, sin otra recompensa que el amor ejercido. Algunas y otros estamos rodeados de nuestra familia, amores forjados y concebidos, que hacen parte del mejor premio que se abre como flor cuando se sabe escuchar las voces de la vida. También sentimos cerca las amistades, que siempre nos acompañan en las buenas y en las malas a lo largo de esta ruta intensa.

Nos duelen algunas ausencias, compañeros que dejaron con premura este mundo y a quienes recordamos desde esta dimensión distinta de la existencia, con esa sensación agrídulce que queda cuando alguien nos abandona pero dejando cálidos recuerdos. El mejor homenaje a su memoria es ratificar en cada acto de la vida cotidiana, la voluntad de vivir con intensidad y honor. Por ellos y para ellos un minuto de silencio ahora, que retoñe más adelante en muchos minutos de reproducción de la vida.

Este acto de rememoración se realiza junto a la histórica jornada por el día del médico que celebra cada año nuestro colegio profesional. Coincidencia magnífica porque para la Medicina Ecuatoriana, para la práctica profunda de la profesión que rebasa los horizontes estrechos de un ciclo meramente comercial, el Día del Médico es antes que nada el recuerdo del ejemplo máximo de nuestro Eugenio Espejo, hombre gigante cuyas lecciones nos cubren con su manto de grandeza y son nuestro mejor referente de dignidad.

Agradecemos al Colegio Médico de Pichincha, a sus personeros salientes y a los que inician una nueva etapa del avance gremial, por este acto, con todo lo que este implica y con la posibilidad maravillosa de darnos nuevamente, como en los mejores tiempos de la querida casona un tierno y emocionado abrazo.

Muchas gracias.

Quito, Febrero 18 de 1998